

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

La fuerza carismática de un usurpador: Constantino III, su aura traditio . Horacio Nones.

Horacio Nones.

Cita:

Horacio Nones (2011). *La fuerza carismática de un usurpador: Constantino III, su aura traditio . Horacio Nones. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/4>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



Universidad Nacional de Catamarca
Facultad de Humanidades
Departamento Historia



**XIII Jornadas Interescuelas
Departamentos de Historia
10, 11, 12 y 13 de agosto de 2011**

Mesa Nº 1

Mito, simbolismo y tradición en los procesos de conformación de identidad en las comunidades del Mediterráneo Antiguo en los tiempos Helenos, Romanos y Tardo-antiguos

Coordinadoras: Viviana Boch y Graciela Gómez

Ponencia: **La fuerza carismática de un usurpador: Constantino III, su *aura traditio*.**

Autor: Horacio Nones

D.N.I.: 31.546.835

Mail: horacionones@hotmail.com

Introducción.

Las ideas rectoras de nuestra observación.

Constantino III ocupa en la historia de Roma, indudablemente el último lugar que se le pueda encontrar junto a otros muchos de su época. De insignificante trascendencia, vale más como fenómeno de época que como personaje individual ya que nada le debe la grandeza del Imperio a sus acciones. Antes bien, la Fortuna le hizo nacer cuando el viejo aparato gubernamental del Imperio se derrumbaba tanto moral como materialmente. Sin embargo, decimos bien si afirmamos que Constantino es uno de los últimos exponentes y directa creación de la maquinaria que llevó a Roma al dominio mundial: fundado y sostenido por el ejército, desde los primeros tiempos en que las legiones aprendieron su papel político. Esta maquinaria, aunque renovada, era muy antigua. Se renovó con la introducción del cristianismo y la incorporación paulatina de contingentes bárbaros, pero mantuvo esencialmente el mismo papel rector. La carrera política de Constantino III se puede resumir diciendo que fue soldado, general y emperador. Así, quien conociese poco la historia de Roma, al ver tal currículum podría

comparar a nuestro hombre con un Augusto o – quizá más probablemente – confundirlo con su homónimo del siglo IV, Constantino el Grande. Todo esto podría suceder si no matizásemos la mención de los títulos anteriores diciendo que, además de los laureles mencionados, nuestro Emperador fue plebeyo, provinciano y usurpador.

Nuestro propósito es probar de qué manera su usurpación difiere del *fenómeno de época* transformándose, al menos en cuanto a sus motivaciones y condicionantes, en una usurpación *sui generis* íntimamente ligada a su tiempo pero que destaca por ese motor y ese sostén que le dieron razón de ser y continuidad. Probar, en definitiva cómo, siguiendo un proyecto y apoyado en la fuerza carismática de su nombre logró del Emperador Honorio el reconocimiento de su usurpación, la única que obtuvo este privilegio en el naciente siglo V. De la misma manera intentaremos demostrar que esta íntima dependencia entre carisma y proyecto de gobierno claudicó cuando las acciones que emprendió entraron en ineludible contradicción.

Poco se sabe de los orígenes de este hombre y poco sabían de él los historiadores medievales que hablaron por primera vez de su vida. Pero hacer un relato de sus acciones bélicas y durante el brevísimo período de su hazaña (tan sólo 3 años) no reviste gran dificultad.

A modo de reseña: breve descripción de las principales acciones de Constantino III.

Constantino III fue un simple soldado de las tropas romanas acantonadas en la Britania. Dos intentos de usurpación (Marco y Graciano) acaecieron en esa Provincia a principios de siglo (406). Los dos terminan con el asesinato de los usurpadores por el mismo ejército que los elevó a la púrpura. Las causas de la rebelión – y, consecuentemente, de esas usurpaciones – pueden comprenderse dentro del clima de inestabilidad que la penetración de los pueblos bárbaros estaba provocando en el mundo romano y que tornaba ineficaz la acción de la capital Imperial de Occidente cuando la defensa de las Provincias se imponía con urgencia¹. Ante este panorama, en el año 407, Constantino cruzó el Canal de la Mancha hacia la ciudad de Bononia (actual Boulogne, en ***Bélgica***) llevando consigo las tropas romanas con el objeto de ocupar y defender las

¹ Dice Zósimo que, cuando los bárbaros (vándalos, suevos y alanos) invadieron y saquearon las provincias transalpinas, “...llegaron a despertar miedo entre las legiones de Britania, con lo que las obligaron, temerosas de que se abatiesen también sobre ellas, a recurrir a la elección de usurpadores...” (ZÓSIMO. *Nueva Historia*. VI, 3). **Esta misma situación llevó a Honorio a escribir a sus súbditos conminándoles a defenderse por sus propios medios.**

Galias, afianzar su poder y expulsar a los bárbaros, quizá con el propósito último de pasar a Italia y quedarse con el dominio total del Imperio Occidental. Estilicón – aunque más ocupado en dirigir la mirada a los asuntos orientales – envió al general Saro para enfrentar la usurpación. Saro derrotó a Justiniano, uno de los generales de Constantino y mató también a Nabiogastes. Sitió luego la ciudad de Valentia – actual Valence – donde se había refugiado el usurpador. Como Constantino nombrase en reemplazo de sus desgraciados generales a otros dos, el franco Edobinco (Zós.) y el británico Geroncio (su *megister militium*), Saro – según Zósimo – decidió huir de ellos porque conocía el valor y aptitud de los mismos. Perseguido por Constantino, se refugió en Italia. Desde la Galia, Constantino III se aseguró el dominio de la Hispania y envió allí a su hijo Constante (convertido en César y luego en Augusto) para imponer su autoridad. Fue recibido de buen grado, capturó a Dídimio y Veriniano y les hizo dar muerte. Las dificultades en que se encontraba el Emperador Honorio le llevaron a reconocer a Constantino III como Augusto en el 409 mientras intentaba solucionar sus problemas con Alarico. Pero, lamentablemente para Honorio, el rey goda no le dejaría volver sus ojos sobre la Galia usurpada durante algunos años. En este tiempo, las acciones de Constantino III se suceden con rapidez y, de Augusto a sacerdote, el hombre que pudo tener la certeza interna de haber sido adrogado por el hado de su predecesor espiritual, acabó sus días tristemente. El general de Honorio – Constancio – vino a dar el golpe de gracia al usurpador británico cuando su causa estaba ya perdida debido a la sublevación de Geroncio. Fue una acción traicionera la que borró a Constantino de la Historia cuando se había rendido y tomado votos sacerdotales. Al parecer, la misma acción que aprobó en contra de Dídimio y de Veriniano se terminaba volviendo en su propio perjuicio.

Sin embargo, descriptos muy sucintamente estos sucesos, no podemos hacer un estudio de sus logros y sus fracasos sin que nos resulte un análisis algo vacío de uno o de otro lado. Si nos centramos en sus logros, se contraponen todo lo obtenido por nuestro usurpador al fatídico e irremediable final: capturado y engañado por el general Constancio, fue decapitado después de conocer que el mismo destino correspondió a sus dos hijos, Constante y el *nobilissimus* Juliano. Si hacemos énfasis en su fracasado intento de usurpación, sabiendo de primera instancia lo que le aconteció por querer hacerse ilegítimamente con el Imperio, entonces podemos detenernos en sus primeros logros y nos quedará la idea de que *casi* obtuvo lo que se propuso. Por ese *casi* podrá parecernos injusto que su idea se perdiera. Pero es un *casi* de algo que no aconteció;

nada importante a primera instancia. Sin embargo, entre estas dos posibilidades y las posturas clásicas – el *usurpador* como fenómeno de época – nos podemos detener a analizar algo que parece escaparse de esos análisis y que sólo tiene importancia en cuanto muestra de las causas más íntimas que motivaron su usurpación.

Las particularidades del fenómeno constantineano.

En busca de un proyecto. Las condicionantes de la usurpación de Constantino III.

Constantino siguió un proyecto. En parte proyecto; en parte anhelo. El proyecto le pertenece o lo tomó y formó de sus contemporáneos pues, así como éste le pertenece, no es suyo el anhelo de época. Indudablemente, en algún momento de su vida decidió – con más o menos *influencia* de su contexto – llevar a cabo un deseo que, en realidad, debió de haber estado muy generalizado.

Las fuentes nos dejan entrever que todo lo que Constantino III realizó fue mayormente guiado por un ideal, un verdadero *proyecto* imperial preciso. Tenía un modelo sin el cual ese proyecto no hubiese podido siquiera comenzar. Era, además, una época muy especial en la Historia de Roma fuera de la cual tampoco puede comprenderse su acción.

Para vituperarlo o simplemente como comentario anecdótico, tanto Sozómoeno como Orosio resaltan como condicionante de su ascenso esta característica *intiuto personae*. Orosio es duro con Constantino y no duda en destacar que fue un soldado, “...*ex infima militia...*”², de baja ralea. Insiste en que su elección no tuvo relación con virtud o mérito suyo alguno y que fue “...*propter solam spes nominis sine merito virtutis elegitur...*”³. Pero a Orosio poco le hubiese importado que Constantino fuese descendiente de aristócratas, destacado militar o gran conquistador. Su intención era defender la acción de Honorio, resaltar la defensa del Imperio y demostrar cómo el cristianismo no se convertía en causa de decadencia sino de renovación, y cómo Dios guió el curso de la Historia para salvar a Roma de la ruina, por las obras de los emperadores cristianos⁴. Esto le lleva, pues, a denostar cruelmente a Constantino como

² “...un soldado ínfimo...” (OROSIO, Paulo. *Historiarum adversum paganos*. Libri VII, 40, 4)

³ “...elegido por la sola esperanza de su nombre, sin que mérito o virtud alguna...” (Orosio VII, 40, 4)

⁴ “... *transigiré en que los tiempos cristianos sean libremente vituperados cuanto se quiera, si es que pueden señalarme una época de semejante buena fortuna, desde la creación del mundo hasta hoy. Hemos mencionado y señalado, según pienso, no tanto con palabras como con el dedo, innumerables guerras*”

elemento desestabilizador y a exagerar su defensa del emperador legítimo y de algunos de sus familiares que – dudosamente – defendían su causa. Por lo pronto, nos encontramos con un hombre sumido en una realidad que linda con lo fantástico y ahondar en una explicación del contexto y de la situación del momento nos servirá para entender por qué elegimos usar esta expresión.

A lo largo de su Historia, severos períodos de anarquía y crisis bélicas de todo tipo – con muy diversas causas – habían comprometido el sistema económico, la organización social⁵, el orden institucional⁶ y hasta el dominio⁷ instaurados por Roma; habían puesto en jaque su *cosmovisión*, la *idea* de Roma. Frente a esta situación siempre hubo alguien dispuesto a defenderla: un restaurador. El concepto de *restaurador* es vago y la aplicación, amplia cuando queremos encuadrar a un personaje histórico concreto. Es significativo que el mismo Augusto sea el *restaurador* de la *República* y que, desde entonces, los romanos vivan en una *Respublicae restaurata* hasta el final del Imperio. Pero importa destacar para este caso que Constantino III también será un restaurador. Esto nos lleva a considerar dos cuestiones de importancia: en primer lugar, si se quiere restaurar una situación, se debe tener en claro *qué* situación se ha de restaurar; en segundo lugar, la justificación de una acción semejante reside en una valoración negativa de la realidad. Y en estos dos puntos profundizaremos.

1º La realidad negativa: Las invasiones bárbaras y el contexto de inestabilidad.

En el año 405 un primer grupo de invasores bárbaros – esencialmente godo – cruzó el *limes* hacia Italia bajo la dirección de Radagaiso para ser detenido en *Montes Fesulanos* por Estilicón y vendidos – todos ellos, hombres y mujeres – como esclavos. A finales del año 406, en virtud del mismo movimiento de etnias, se produjo la ruptura del *limes* renano causando dolor y consternación en todos los contemporáneos. Dice Orosio: “...dos años antes de la ocupación de Roma, los pueblos incitados por Estilicón, ya dije, alanos, suevos, vándalos y con ellos muchos otros, atacaron a los francos, cruzaron el Rhin, invadieron las Galias...”⁸. Esta situación generó miedo en

terminadas, muchos usurpadores muertos, pueblos salvajes sofrenados o reducidos, sojuzgados o aniquilados...” (Oros. VII, 43, 16-17)

⁵ La rebelión de Espartaco, con todas las salvedades que merece el caso, conmovió de tal manera su tiempo que motivó una profunda reorganización del sistema legal en lo que hacía a la institución de la esclavitud, base socio-económica indiscutida del mundo romano.

⁶ Los Triunviratos primero; los asesinatos de emperadores y las usurpaciones después, sirven de ejemplo.

⁷ En épocas republicanas, Aníbal; en la época que nos ocupa, los germanos.

⁸ Orosio, VII, 40, 3.

las provincias directamente afectadas: Galia, Britania, Hispania. Pero Orosio, aunque previamente ha destacado el pánico producido en la población por el intento de invasión de Radagaiso, llamativamente omite destacar, como causa de la usurpación de Constantino, el terror ante la penetración bárbara en las provincias occidentales y el abandono en el que se encontraban por parte del poder central. Esto puede llevar a entender que la situación no era tan grave y que, por eso, no se justificaba restauración alguna. Pero lo que Orosio omite lo destaca Zósimo⁹, como ya advertimos.

La usurpación aparece como una necesidad ante el estado de indefensión en que se encuentran las provincias romanas, abandonadas en estos años críticos, a su propia suerte. Es que, en Roma, se conjuga otra situación por demás inquietante para Honorio. Librada de las intrigas de Estilicón, la ciudad está, desde hace unos años, entregada a la voluntad de otro jefe bárbaro: el godo Alarico. La política va a oscilar entre el grupo de los que propugnan pactar con los bárbaros y el de los que aconsejan intransigencia ante las exigencias de su rey¹⁰. Escapa a nuestro propósito hacer relato de estos sucesos pero, en lo que toca a Constantino, se entiende su reconocimiento por Honorio en virtud de esta situación. Según Zósimo, cuando Constantino envió a Rávena una embajada con el fin de obtener del emperador su legitimación, la imposibilidad de Honorio de hacer frente a la usurpación, en el preciso momento en que se iniciaba el sitio de Roma por Alarico, y en que era derrotado un cuerpo de veteranos traído de Dalmacia para hacerle frente¹¹, le determinó a ceder¹². El sueño restaurador constantineano encuentra tierra fértil donde arraigar: la realidad de un orden tambaleante.

Ahora bien, ante esta tremenda crisis de la República, ¿cómo no imaginar que quizá estaba muy extendido y que era muy fuerte este particular deseo? ¿Es que acaso el anhelo de restauración, de orden, de paz no contribuyó al afianzamiento de la autoridad política de nuestro usurpador en Hispania? Ya en el siglo IV había escrito Lactancio: *“Parece que el mundo está amenazado de próxima ruina, y tan solo anula nuestro temor el ver que la ciudad de Roma subsiste en estado floreciente, pero cuando esta cabeza del Universo haya caído y solo sea un montón de ruinas no habrá motivo para*

⁹ Zósimo, VI, 3.

¹⁰ Sobre las intrigas de estos dos partidos, Zós. V, 44-46.

¹¹ Se trata de los seis mil soldados que, bajo las órdenes de Valente, fueron trasladados a Italia para oponer resistencia a Alarico y defender la ciudad de Roma, con tan mala suerte que fueron aniquilados casi completamente por los godos. (Zós. V, 45)

¹² *“En esto, el usurpador Constantino decidió despachar unos eunucos al emperador Honorio con la solicitud de que le perdonase por haber consentido en tomar la corona (...) Cuando el emperador hubo oído su solicitud, como se daba cuenta que le sería difícil, como no estaban lejos los bárbaros de Alarico, atender a otra guerra (...) accede a sus solicitudes y le envía un atuendo imperial...”*. (Zós. V, 43)

dudar que el fin del mundo ha llegado ya. Es esta la ciudad que todo lo sustenta y cuya muerte señalará el fin del mundo”¹³. ¿Como no destacar, entonces, esta necesidad de restauración del orden como un condicionante esencial para el triunfo de la usurpación constantineana? Para los contemporáneos algo está claro: defender Roma es defender el universo y la crisis es angustiante¹⁴.

2º La idea de restauración. El proyecto de Constantino frente al pragmatismo de Dídimo y Veriniano.

Hay algunos datos que condimentan la comparación entre nuestro usurpador y su modelo Constantino el Grande con increíbles coincidencias. Primeramente, la usurpación de Constantino III acaece en el 407, casi exactamente un siglo después a la de su homónimo Constantino I (acaecida en el año 306) y fueron los dos, en rigor, *usurpadores*. Los hijos de nuestro usurpador se llamaron Constante y Juliano como el segundo de los hijos de Constantino I y como su sobrino, Juliano (*el Apóstata*). Además de la vinculación territorial de su acción a las provincias occidentales del imperio; la idea de nuestro usurpador parece haber sido la de apegarse al papel que le tocaba en la Historia; como si fuese un actor interpretando una obra de teatro en la que encarna al héroe victorioso y al que se esfuerza por imitar en todos los detalles. Javier Arce afirma que “...pareció sentirse verdaderamente un ‘nuevo Constantino’ y trató de imitar sus acciones políticas, militares y propagandísticas, con las de su predecesor y modelo, de forma más o menos precisa...”¹⁵. Asegura, además, que no hay motivo para dudar de esta interpretación sostenida ya por sus contemporáneos.

Sublevado y revestido de la púrpura en la Britania y pasado a la Galia comenzó afianzando su poder de la misma manera y en la misma base territorial que su modelo. Siguiendo a Arce “...Constantino pretendía dominar las provincias occidentales – Britania, Galia, Hispania – y desde esa posición llegar a un acuerdo con Honorio para que le reconociera su usurpación o, eventualmente, invadir la propia Italia (lo mismo que había hecho Constantino con Magencio en el siglo anterior)...”¹⁶. La primera

¹³ En LACARRA Y DE MIGUEL, José María. *Historia de la Edad Media*, Tomo I. Barcelona, Montaner y Simón, 1986.

¹⁴ Cf. LUCERO, María Cristina. *La visión de los contemporáneos del saqueo de Roma del 410*.

¹⁵ ARCE, Javier. *Bárbaros y romanos en Hispania. 400-507*. 2005. pág.

¹⁶ ARCE, Javier. *Op. cit.*, pág.

respuesta del emperador fue enviar un ejército a las órdenes del godo Saro cuando aún vivía Estilicón, hecho que ya relatamos.

Una vez superado este escollo, el plan de Constantino fue ganar la Hispania. Desde su capital en Arlés, “...Envió magistrados a las Hispanias a quienes las provincias sumisas (obedientes) recibieron...”¹⁷. Esta obediencia se puede entender en virtud de su propaganda. Pero su propaganda está, precisamente, fundamentada en ese sueño personal de Constantino III y un ideal de restauración. Él se presenta ante los hispanos como *restitutor*¹⁸ y estos lo aceptan. Esta aceptación lisa y llana de la autoridad de Constantino en Hispania llama la atención. Sin embargo, Orosio no pone énfasis en señalar las causas. Para Javier Arce el cansancio producido por la administración honoriana les llevó a recibir al usurpador de buen grado. Es probable que la sola idea de una restauración, como dijimos antes, haya motivado la obediencia de los hispanos. Y, de ser así, Orosio tendría sobradas razones – como ya hemos advertido – para no registrar este sentimiento popular. Al usurpador se opusieron algunos miembros de la aristocracia, particularmente dos hombres – Dídimo y Veriniano – señalados por las fuentes como parientes del emperador¹⁹. Resulta más probable que estos dos hombres, que estaban enemistados al momento de la invasión²⁰ y que dejaron de lado sus rencillas para enfrentar la usurpación, hayan tenido otras razones (omitidas) para oponérsele.

Aquí hay una cuestión que es importante destacar: Orosio afirma que “...se dispusieron no a asumir la tiranía frente al tirano, sino a protegerse a sí mismos y a su patria contra el tirano y los bárbaros en beneficio del emperador legítimo...”²¹. Preferimos hacer uso de una distinción entre lo que podríamos llamar usurpadores “*tipo*” (esto es, aquellos que, como Constantino III, tomaron la púrpura) y aquellos que defienden las instituciones preestablecidas. Orosio entiende – o quiere entender – que tanto Dídimo como Veriniano defendían la causa imperial sin intención de sustraer la

¹⁷ Oros. VII, 40, 5.

¹⁸ Cf. ARCE, Javier. *Op. cit.* Pág. 38.

¹⁹ Zós. VI, 4. La necesidad de eliminar a los *parientes de Honorio* viene dada también por la intención de Constantino de romper el eventual cerco geográfico que un ataque conjunto desde Iberia e Italia supondría para su posición, Cfr. ARCE, *op. cit.*, pág. 39

²⁰ (Soz. IX, 11, 4)

²¹ “...duo fratres iuvenes nobiles et locupletes Didymus et Uerinianus non assumere aduersus tyrannum quidem tyrannidem sed imperatori iusto aduersus tyrannum et barbaros tueri sese patriamque suam moliti sunt...” (Oros. VII, 40, 5). En ESCRIBANO PAÑO, María Victoria; *Usurpación y defensa de las Hispanias: Dídimo y Veriniano (408)*. Universidad de Zaragoza. *Gerión* ISSN: 0213-0181 2000, n.º 18: 509-534

Diócesis o parte de ella al legítimo emperador²². Empero, parece más probable que – sin pretender una verdadera usurpación – haya habido en estos dos hombres *nobles y ricos* una segunda intención. Aunque no es cuestión en la que nos interesa ahondar, seguimos las conclusiones de María Victoria Escribano Paño²³ (a quien también sigue, en su tesis doctoral, Purificación Ubric Rabaneda²⁴) en cuanto que las tropas que emplearon en la defensa de la diócesis frente al usurpador y el hecho de que eran realmente ricos bastarían para suponer que, en realidad, no estaban interesados en sostener al emperador sino en sostenerse a sí mismos²⁵. Esto no los hace usurpadores pero tampoco podemos transformarlos en adalides del orden legítimo. Más bien, podríamos atrevernos a pensar que eran pragmáticos en exceso. La riqueza de estos dos personajes era enorme y les permitía costearse un ejército privado con el que presentaron batalla e hicieron peligrar la aventura constantineana. No se vistieron con la púrpura pero comandaron sus propias tropas, clara señal del poder que detentaban *de facto*. En un Estado en crisis, con un emperador concentrado por aquel entonces más en mantener la Independencia de Italia que en sostener a las provincias occidentales y que confiaba – además – en la lealtad de los que eran parientes suyos, no era necesario llegar a la usurpación. Esto puede convertirlos en usurpadores *atípicos*²⁶, acomodaticios; algo que hizo confundir a Orosio si aceptamos que realmente se creyó el papel que les otorgó como defensores de la legitimidad dinástica²⁷.

²² “En efecto, nadie se apodera de la tiranía y aparece en público con su ejército si no lo hace con rapidez, después de haberlo tramado en secreto; el éxito reside en ser visto revestido de la diadema y la púrpura antes de ser descubierto. Estos, sin embargo, después de reunir durante mucho tiempo esclavos jóvenes solamente de sus propios dominios, manteniéndolos a expensas de sus casas, se dirigían hacia los desfiladeros del Pirineo, sin disimular su propósito ni inquietar a nadie. Contra éstos Constantino envió a las Hispanias a su hijo Constante — ¡oh dolor! — de monje hecho César, con bárbaros que, acogidos en otro tiempo en alianza y admitidos en el ejército, eran llamados Honoriacos. Aquí comenzó la caída de las Hispanias...” (Oros. VII, 40, 5-7). En **ESCRIBANO PAÑO, María Victoria; Usurpación y defensa de las Hispanias: Dídimo y Veriniano (408)**. Universidad de Zaragoza. *Gerión* ISSN: 0213-0181 2000, n.º 18: 509-534

²³ En **ESCRIBANO PAÑO, María Victoria; Usurpación y defensa de las Hispanias: Dídimo y Veriniano (408)**. Universidad de Zaragoza. *Gerión* ISSN: 0213-0181 2000, n.º 18: 509-534

²⁴ Cfr. UBRIC RABANEDA, Purificación. *La Iglesia y los Estados Bárbaros en la Hispania del Siglo V (409-507)*, Granada, 2003.

²⁵ El desarrollo de esta tesis pertenece a la autora mencionada, a quien seguimos.

²⁶ En este sentido: “...fue una usurpación propia del momento, sobrevinida por las circunstancias, cuyo objetivo mayor no era sustituir a su familiar Honorio ni contestar su poder, pero sí suplir su inoperancia militar en Hispania, lo que en la práctica equivalía a desconocer su autoridad y a actuar por cuenta propia. Y es cierto también que se resistieron al rebelde británico, pero su reacción no obedecía, al menos no en primera instancia, a la voluntad de defender al princeps iustus frente al rebelde por lealtad y solidaridad familiar, sino, mejor, al deseo de proteger su preeminencia política y social frente al nuevo dominador.” Escribano Paño. *Op. cit.*, pág. 533.

²⁷ Contra esto, Escribano Paño. *Op. cit.*, págs. 524 y ss. Orosio habría omitido voluntariamente detalles que inculpaban a los gobernantes y los hacían quedar más como usurpadores que como defensores del orden.

El sueño de Constantino – dijimos – parece encajar sin duda con un extendido anhelo de restauración propio de las épocas de crisis. Pero la restauración no es siempre la única opción para estos tiempos, algo que puede demostrarse mediante el análisis menos crédulo de las acciones que llevaron a cabo Dídimo y Veriniano. Lo que sí parece seguro es que Constantino es el único restaurador su época con un verdadero proyecto, al que siempre se apegó.

La especificidad del programa constantineano. El caso de Geroncio y el usurpador Máximo.

Tanto Dídimo y Veriniano como Máximo (y, con él Geroncio), Jovino o – incluso – Ataúlfo, y Átalo tuvieron concepciones imperiales diferentes. Si Ataúlfo quiso reemplazar el Imperio y, como dice Orosio, “...deseó (...) borrar el nombre de Roma y hacer de todo el territorio romano un imperio que fuese llamado Imperio Gótico; hablando vulgarmente, que fuese Gotia lo que había sido Romania. Y él, Ataulfo, llegar a ser lo que en otro tiempo fue César Augusto. Pero (...) como no convenía (...), había elegido para sí, a lo menos, la gloria de restaurar y engrandecer el nombre romano con las fuerzas godas, para ser considerado por la posteridad el autor de la restauración romana, ya que no había podido transformar el Imperio...”²⁸, su idea se nos revela esencialmente goda. Lo mismo podemos decir de Átalo quien, además, fue – siempre siguiendo a Orosio – un juguete de Alarico y “...para quien fue un honor morir entre los usurpadores y la muerte una felicidad...”²⁹. Si Dídimo y Veriniano pretendían restaurar algo, esto era su sola autoridad en la Hispania a fin de no perder sus ricas posesiones. Si Máximo (en su primera usurpación), Jovino o Sebastián se consideraron a sí mismos *restitutor* fue más porque era la costumbre del usurpador. Para el caso de Máximo³⁰ podemos encontrar (igual que en Constantino III) esta idea de restauración de un poder imperial *idealizado*, al menos en su propaganda. Pero lo cierto es que su usurpación sirvió más a fines que no eran los suyos que a motivaciones personales propias e íntimas. Fue, primeramente, el instrumento de Geroncio para sublevarse, contando así con el apoyo de algún sector de la aristocracia hispana (descontentos ya con el usurpador Constantino)³¹. En este punto podemos volver a detenernos para

²⁸ Oros. VII, 43, 5-6.

²⁹ Oros. VII, 42, 7.

³⁰ Dejo de lado el análisis de su segundo levantamiento, en el que parece haber peleado por una causa *bárbara*, pues entre bárbaros se había exiliado, fracasada su primer algarada

³¹ Cfr. ARCE, Javier. *Op. cit.*, pág. 57; UBRIC RABANEDA, Purificación. *Op. cit.*, pág. 58

comparar a Constantino con la idea de usurpación de Geroncio y Máximo. Se puede ver cómo – tal como lo planteamos – la idea de una restauración en base al nombre del gran Constantino I exigía no salirse de ese papel mimético que nuestro usurpador se había arrogado pero que le pertenecía exclusivamente a él *por la propia esperanza de su nombre*³². Sus primeras medidas pueden entenderse como acertadas precisamente porque logran calmar las ansias de orden y paz y satisfacer el anhelo de restauración que reinaba en su época. Así, la defensa de la romanidad vs. barbaridad se prueba en la primera derrota que infringe a los invasores en la Galia, cuando aún contaba con Justiniano y Nabisgastes como generales. Otras de sus políticas tendían más a mantener un *statu quo* que permitiese afianzar su dominio³³. Sin embargo, traicionó él mismo – o fue obligado a traicionar – el sueño que propugnaba cuando debió hacer uso de las tropas bárbaras en la captura de Dídimio y Veriniano. Estos *dudosos tratados*, al decir de Orosio, restaron fuerza a su idea de defensa de la romanidad, frente a la población local, y dieron prueba a Geroncio de que el verdadero poder estaba en el ejército y no, como creía Constantino, en un ideal anacrónico. Pero Geroncio también se equivocaba, pues ese ideal resultó no ser tan débil cuando, frente a Arlés, sus tropas se pasaron al bando legitimista y lo abandonaron a su suerte. La *idea* de Roma vencía nuevamente.

Por esto sostenemos que ninguno de los usurpadores de principios del siglo V pareció tener en claro la importancia fundamental (que sí parece estar muy clara para Constantino) que tenía este ideal de restauración para la sociedad de la época. Nuestro Emperador-Usurpador pretendía volver a una época particular, con un sentido de gloria y un orden determinados. Así, el *aura* de ese tiempo pasado pretende tener continuidad en su propio tiempo y se cierne sobre él, invadiéndole, encegueciéndole, apasionándole. Y costándole la vida.

El fin de un ideal. Un doloroso despertar.

Es este mismo destino, el que Constantino III eligió, y esa fidelidad ritual a su idea la que no le permitieron suficiente flexibilidad para actuar frente a condicionantes que no encontraban paralelo cuando se las comparaba con el siglo IV. Cuando Constantino se dio cuenta de esto, ya era tarde. Su general, un bárbaro, lo había

³² Oros. VII, 40, 4

³³ Dice Purificación respecto de la política eclesiástica llevada a cabo por Constantino III: “...cabe pensar que la política eclesiástica de Constantino III sería similar a la de las Galias y que gracias a ella el usurpador se granjearía la simpatía de poderosos obispos e influiría en los nuevos nombramientos episcopales, procurando que quienes ocupasen estos cargos fuesen favorables a su causa...” UBRIC RABANEDA, Purificación. *Op. cit.*, pág. 53)

traicionado pues – al parecer – aún habiendo aceptado defender a su emperador, no pensó someterse a un eventual relevo de sus funciones³⁴. El riesgo de una usurpación era ese: ¿cómo puede exigir lealtad quien no fue leal? Sólo viendo en Constantino III una cuota de cinismo podemos entender que pretendió de sus hombres lealtad para con su investidura y para con él, comportamiento que no tuvo antes con el emperador legítimo Honorio.

El *quid* de la cuestión estriba en una pregunta que permanecerá por siempre irresoluta. Si Constantino logró los objetivos propuestos hasta este momento (409), ¿por qué se sublevó contra él su general Geroncio? ¿Por qué, en todo caso, decidió desobedecer las órdenes de Constante y Constantino haciéndose sospechoso al punto tal que el Emperador decidió su reemplazo? Creemos que este general era un hombre con una visión un tanto chata de la situación. La posición de un usurpador siempre es muy precaria, máxime durante los primeros tiempos, haya sido o no reconocido o legitimado. ¿Acaso no comenzaron los problemas de Constantino el Grande precisamente tras su reconocimiento como Augusto? Quizá nuestro Constantino lo sabía, pero no contaba con que su sueño podía no ser el sueño de su general. Paradójicamente, para sostenerse, Constantino III necesitaba hombres absolutamente leales. Geroncio no parece ser un hombre de elevados proyectos y su lealtad terminó dejando mucho que desear. Geroncio dependía de Constantino y de su suerte. Nuestro usurpador había logrado – o estaba logrando – el objetivo fundamental de su aventura: el reconocimiento de su autoridad por parte del emperador Honorio en Rávena en 409. Al mismo tiempo, Geroncio comienza a dar muestras de deslealtad. La pregunta es ¿cómo puede un hombre mínimamente prudente abandonar tamaño logro por una nueva aventura bélica? Geroncio es este hombre y, a primera vista, cabe juzgarlo así salvo por esa duda que nos quedará siempre: ¿por qué decidió rebelarse? Varias respuestas se han intentado. Si Geroncio estaba convencido de la inconveniencia de las medidas tomadas por Constante y Constantino en Hispania, tras el sometimiento de la diócesis, o si fue un hombre avaro que aprovechó el descontento popular para sublevarse, es algo que no dicen las fuentes. Zósimo hace hincapié exclusivamente en el recelo que causó en Geroncio ver a Constante, de regreso a la Hispania, en compañía de otro hombre llamado, sin duda, a reemplazarle: el estratega Justus. Pero, dado que no es este personaje la única variable que juega en el momento de la sublevación, y considerando la acción de los bárbaros y

³⁴ Es la causa de sublevación que menciona Zósimo (VI, 5). Esta idea, con algunos matices es la que acepta Javier Arce. Cf. *Op. cit.*, pág. 50-51.

los pactos que Geroncio podría haber realizado con ellos, antes o después del cruce de los Pirineos, es probable que haya habido otras causas para su levantamiento³⁵. ¿Acaso vio la inestabilidad que se estaba produciendo y, ante lo que consideró inevitable – tal vez la penetración de los pueblos bárbaros en Hispania, tal vez alguna sublevación en gestación – descreyó del primitivo proyecto de su Emperador? ¿Acaso quiso, además, sacar provecho de esta situación para obtener algún rédito personal? ¿Pensó que Máximo estaba en realidad mejor capacitado para convertirse en el *restitutor* que necesitaba la República? Nunca lo sabremos, pero parece que todas las respuestas intentadas por los estudiosos del tema encuentran razón de ser. Sea como haya sido, Geroncio decidió claudicar en la defensa del Emperador Constantino III y, para su mal, debilitó la base de su propio poder. Cuando, muerto Alarico, el General Constancio restaure paulatinamente el orden en los dominios de Honorio, caerá Constantino y Geroncio caerá también víctima de esta reacción legitimista. Pero es factible que en todo este proceso de sublevaciones y contra-sublevaciones la mayor relevancia resida – al menos en la caída de Constantino – en la claudicación que él mismo debió hacer de su ideal restaurador. Tanto el descontento como la rebelión de Geroncio podrían estar vinculados a las medidas tomadas por Constante y Constantino en Hispania, tras la derrota de Dídimo y Veriniano, que contradecían su propia idea de restauración y que, invariablemente, menguaban el impulso y la fuerza moral que esa idea había poseído hasta entonces. Si primeramente actuó de la forma en que se esperaba que actuara para restaurar el orden, pasó a traicionar su programa cuando reemplazó la custodia de los Pirineos por tropas foráneas³⁶ de dudosa fidelidad. Los sucesos – con o sin la aprobación expresa de Constantino y Constante – que determinaron el saqueo de la Hispania acabaron por hundir las esperanzas que se había hecho descansar sobre su persona y precipitaron la sublevación³⁷: Constantino no era el *restaurador* esperado.

A modo de conclusión

³⁵ UBRIC RABANEDA, Purificación. *Op. cit.*, págs. 59-60.

³⁶ “...En el campo defensivo el usurpador sustituyó a los tradicionales guardianes de los pasos pirenaicos por los Honoriaci, unos bárbaros con los que había establecido alianzas y que formaban parte de su ejército. Fue una decisión de funestas consecuencias para los hispanos, puesto que estos Honoriaci no sólo dejaron entrar impunemente en la Península a vándalos, suevos y alanos, que ya habían agotado los recursos galos y necesitaban nuevas fuentes de aprovisionamiento, sino que, además, se unieron a ellos...”. (UBRIC RABANEDA, Purificación. *Op. cit.*, págs. 54-55). Si a esto se suma

³⁷ “La primera intervención de Constantino III había supuesto la muerte de dos importantes líderes locales, Dídimo y Veriniano. Además los auxiliares que había emplazado en los pasos pirenaicos dejaron pasar a los bárbaros a la Península...” (UBRIC RABANEDA, Purificación. *Op. cit.*, pág. 58)

La crisis a la que Constantino III se enfrentó no era una crisis institucional como la que atravesó el Imperio en los tiempos de Constantino I cuando claudicó la Tetrarquía Tampoco era una crisis económica y/o moral como la del siglo IV. La crisis del Siglo V era una crisis de subsistencia en donde se jugaba la vida del modelo político que dio a Europa la base material y cultural que conservó por siglos: el Imperio Romano Cristiano. Si bien el ejército tenía el papel fundamental en el nombramiento y sostenimiento de la autoridad imperial, tal como venía sucediendo desde el mismo Siglo I y en esto no había cambiado, otros muchos factores habían transformado el mundo romano en el lapso de un siglo. Constantino no fue un hombre insensato que no comprendió la necesidad de adecuarse a una época radicalmente distinta a la de su modelo del Siglo IV. Entre sus logros se destaca haber establecido capital en una ciudad estratégica como Arlés, verdadero punto neurálgico desde el cual se dominaba fácilmente el acceso a las Galias, la Hispania e Italia y donde se debería haber establecido la capital occidental para una acción más eficaz contra los invasores bárbaros³⁸. Tampoco demoró su acción cuando realmente se imponía la necesidad de ocupar la Hispania y allí también obtuvo un importante logro. El proyecto de Constantino requería estrategia militar, consolidación del poder mediante el dominio territorial y el apoyo de la aristocracia local y gran decisión. Todo esto lo tuvo, al menos al principio y de esta gran capacidad de decisión dependieron, tanto la ocupación de Hispania como el reconocimiento de la corte de Rávena. Pero no eran los tiempos de Constantino el Grande y un factor decisivo terminó desestabilizando el frágil equilibrio que nuestro usurpador había creado en Occidente: la influencia creciente de los bárbaros. Cuando, una vez cruzado el Canal de la Mancha, Constantino III derrotó a los pueblos que habían ingresado a las Galias a fines del 406, consiguió imitar la victoria de su modelo sobre los francos, también obtenida poco después de haber cruzado el estrecho en el año 306. Pero Constantino III no tenía la fuerza moral que permitió a su predecesor arrasar con toda oposición: ya no era necesario defender al Cristianismo del poder central o de los emperadores de una Roma pagana. Honorio era cristiano, lo eran también Aracadio y su hijo Teodosio II en Oriente.

La “guerra religiosa” que Constantino I había emprendido contra Magencio y que había sostenido y acrecentado su autoridad no podía invocarse contra un emperador

³⁸ Uno de los autores que me dio la profesora., pág. 182.

cristiano como Honorio. Sí se podía invocar en la defensa contra las penetraciones de los bárbaros y, después, vencidos y contenidos los invasores germanos, Constantino III podría haber alegado cierta displicencia de Honorio frente a Alarico – que acosaba Roma – para lograr el apoyo necesario en Italia y dar el último paso, el que jamás dio: la conquista de la península, el triunfal ingreso en Roma y la final consolidación de su régimen. Sin embargo, los generales del usurpador eran bárbaros y, sublevados, sublevaron también al ejército, única base del poder de Constantino. Y este fue un problema para el que la *leyenda* de Constantino I no contenía un modelo de solución.

Constantino III forjó su vida en torno a una idea imperial y a un deseo de restauración. De otro modo no hubiesen hecho hincapié en este punto las fuentes de la época y Orosio – su contumaz detractor – no se hubiese basado en ese sentir extendido entre sus contemporáneos para burlarse de él. Sostenemos que el proyecto de Constantino III no fue una visión celeste impuesta por una Providencia extraña a su voluntad, como aquella que Constantino I tuvo antes de su victoria sobre Magencio: fue, ante todo, una idea elegida por él mismo, espoleado por el anhelo de época y hasta *probado en y aprobado por* sus éxitos militares y diplomáticos. Eligió un modelo al que imitar y se apegó a esa conciencia de ser el continuador de la grandeza de un hombre al que jamás conoció y del que, probablemente, se sintió heredero directo.

En el título elegimos hablar de *Aura, aurae*, término latino que significa *viento suave, brisa*. Deriva del griego *αὔρα* que, a su vez, deriva del verbo *ἄειν*, soplar. La RAE mantiene entre las acepciones este significado directamente traducido del latín y admite otros más. Si el término hace también referencia a un *halo que algunos dicen percibir alrededor de determinados cuerpos*, hemos preferido quedarnos para nuestra conclusión con un sentido más cercano a su etimología y, a la vez más, amplio en la definición castellana: es el de *hálito, aliento, soplo* que corresponde a la segunda de las acepciones propuestas por la RAE. Del mismo modo, cuando elegimos *tradio* intentamos hacer hincapié en la noción de transmisión, no ya jurídica y sobre una *res in commercium* – como podía entenderse en el derecho romano de la época – sino inmaterial y sobre una fuerza directriz muy particular: la fuerza moral de la política de Constantino I, de su nombre, de su carisma adoptado por un usurpador del Siglo V en un intento desesperado por salvar lo que quedaba del Imperio. Constantino III pretendió fundar toda su fuerza carismática, una fuerza inmaterial y muy particular, en esta *tradio ficta*.

Es propósito destacar con esta locución latina, un condicionante sin el que la acción de Constantino III no puede entenderse en su plenitud. Esta *aura*, esta brisa, revela la fuerza de un cúmulo de valores y de conceptos más íntimos que objetivables. Porque la vida de un hombre, las acciones que emprende y el sentido que otorga a esas acciones, distan mucho de poder objetivarse. Y decimos *aura* como brisa misteriosa y voluble³⁹. Por ese *aura*, ese *valor* al que puso a disposición la propia existencia; por esa existencia sacrificada a la consecución de un ideal; por ese sacrificio invaluable y habiendo explicado lo que alcanzamos a entender en este *proceso histórico* particular, preferimos terminar el relato con la inscripción consular de un logro que fue y no fue. “En 409 Constantino asumió (...) el consulado con Honorio y, en su dominio, la fecha consular de 409 es **Honorio VIII et Constantino I AA. coss.**”⁴⁰”

³⁹ Con estos términos se referían los poetas Virgilio y Horacio al *favor popular*, clave en el acceso de nuestro hombre al poder y en la concreción de su idea imperial.

⁴⁰ Escribano Paño, María Victoria. última hoja